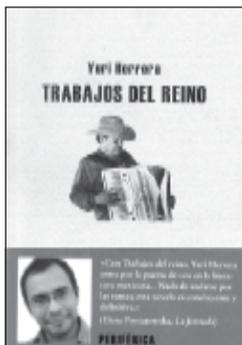


¿Acaso no hacemos cosas incorrectas, las reconocemos y las volvemos a hacer para tiempo después avergonzarnos? Ese círculo vicioso del pecado y del arrepentimiento, ¿no fundamenta acaso nuestra religión?: pecado, hostia, pecado. En el caso que nos ocupa, será una pócima la que transforma. ¿Acaso Calígula no consumía una sustancia parecida que le hacía nombrar cónsul a su propia bestia?

Stevenson apunta a temas que serán universales y que cada vez serán menos un extraño caso. **hU**

Trabajos del reino, de Yuri Herrera

Joaquín Peña Gutiérrez
Departamento de Humanidades y
Letras
Universidad Central



El libro viene amarrado con una cintilla de papel color café en donde aparece un retrato policromado del autor y un fragmento tomado de *La jornada* firmado por Elena Poniatowska que dice: «Con *Trabajos del reino*, Yuri Herrera entra por la puerta de oro en la literatura mexicana... Nada de andarse por las ramas; esta novela es concluyente y definitiva.»

Estas palabras bien pueden asumirse en su carácter publicitario promocional; también como una hipérbole trazada por la bondad de esa Señora que, sin duda, ha escrito no sólo con el corazón páginas conmovedoras y valientes en las letras no se diga de México sino de América. Sin embargo, considérese por un momento que lo que puede parecer exageración posee rango de coincidencia entre lo dicho en la cintilla y la obra; tal como ocurría en los mejores momentos del Boom cuando Fuentes, Gabo, Vargas Llosa o Cortázar decía de los otros y sus obras que eran monstruos de la literatura ellos y maravillas verdaderas ellas. ¿Truco publicitario? Sí. Pero truco sin máscara. ¿Aquellas hipérbolas que ellos mismos se crearon acaso no son ciertas?

El Artista es un cantante callejero –cantinero, para ser precisos– que anda con su acordeón y las canciones que él mismo letrea y

compone, para ganar el sustento. En una intervención es visto por el Rey, un capo, y le cae bien. Así, entra en el Palacio, esas mansiones «con todo», guardia armada y privada incluida, que los colombianos conocen de primera mano y de segunda y tercera por televisión y, también, por novelas.

El Artista compone, le compone corridos —»narcocorridos» o «corridos prohibidos»—, y conoce de a poco a Palacio. Se adentra en ese infierno de dádivas, horrores, traiciones, maquinaciones, muertes, conversión de identidades en cosas. De la mano de la seducción, que tiene por nombre la Cualquiera, la mujer que le gusta y de la que se enamora, transita y conoce ese infierno disfrazado de luz a veces también cierta.

Se quiebran los pactos, sobreviene la guerra y la muerte. Pero el Artista sale de la mano del amor. El Artista aun allá, aun ese, jamás puede morir.

Esta novela es el trabajo de grado del autor en la Maestría en creación literaria en la Universidad de El Paso, Tejas, Estados Unidos. Y cómo se ve que la Maestría le sirvió de mucho. Si bien la narrativa, conforme lo dijo don Pedro Gómez Valderrama en 1981 en la instalación del Taller de escritores de la Universidad Central, actúa por análisis, Yuri Herrera escribe su novela con una síntesis, con una economía totalmente controlada, de manera que casi le queda una novela expresionista. Muy hemingwayano, traza las aristas visibles estrictamente necesarias y convenientes para que esas aristas se digan ellas mismas y carguen, además, con todo el universo no dicho sino mediante el ya famoso recurso del iceberg. Qué más podría hacer un heredero literario de *Pedro Páramo*. Todo escritor mínimamente responsable que escriba después de Rulfo, tiene que hacerse preguntas frente al monumento, y tratar de respondérselas no sólo en algún seminario o en alguna entrevista, sino frente a la escritura de su obra. Es, sin duda, un logro ese de la síntesis en la narrativa que debería darse por la extensión del análisis.

Otro aspecto que llama la atención es que la novela se va haciendo desde cuando se entra en ella. La novela da esa creativa impresión. Los ojos del Artista avanzan por territorios desconocidos; avanzan y conocen. Eso le llega así al lector. Así, cae descubrimiento tras descubrimiento.

No sabe los nombres de la gente. De pronto alguien dice, en reproche, esa es una cualquiera; o una bruja. En adelante los personajes se llaman la Cualquiera y la Bruja. Gusta esa manera de bautizar el recién llegado e ir configurando al mundo.

Avanza el Artista; sigue y conoce Palacio hasta llegar el lector por el pie del Artista a revelaciones como las siguientes, que seguramente ha visto, pero no ha reflexionado. «... y el Artista sentía ganas de

cuidarle el silencio, que en él la conocía un poco más; cuando hablaron de la Bruja le tentó un muslo con su muslo, mientras recorrían una sala de juntas con cantina, un despacho con cantina, una terraza con cantina, un comedor con cantina y la cantina propiamente dicha, cuán espléndida.» (58). «... cuando no era quien ya era, el Rey le había pedido a su madre que le ayudara y ellas habían abandonado al padre, que era un hombre bueno y por lo tanto inútil, y ahora un hombre solo.» (59). «... y luego lo condujo a un cuarto lleno de estantes vacíos. –La biblioteca –dijo, sin énfasis, como si no hubiera dicho nada.» (60).

Así avanza hasta que al Artista le caen los muertos junto y se entera de algo fundamental. Hay que tocar otra nota. Para seguir la vida y en la vida pues un canto marcado por alguien que no sea la libertad no es canto y, en la otra perspectiva vital, en Palacio la situación no daba para mantener la respiración sino mediante una obsecuencia, que era más que claudicación y pérdida del individuo. El Artista debe salvar su vida en cuanto individuo; en cuanto artista, su canción.

Algunas buenas conciencias –la ironía desea colocarse al margen de la expresión– en Colombia desean que el arte –novela, cine– se ocupe de altos menesteres y no de actividades menesterosas como el narcotráfico y sus disímiles relaciones psicológicas, sociales, políticas, culturales. Sin embargo los seriados, películas y novelas siguen saliendo con una terquedad que no deja de ser inquietante y reveladora. Si el arte es sol de los días, ¿cómo él puede cerrarse a las revelaciones debidas acerca de este extraordinario fenómeno de poder, económico y cultural?

Hace días a Colombia y México no lo une sólo la ranchera, por mencionar un tópico esquemático aunque cierto. También, «la norteña»; dos candidatos presidenciales asesinados no se diga que «por fuerzas oscuras»; el muy complejo fenómeno del narcotráfico que se convierte en razón y/o medio de ser de los desarraigados - desarrapados a quienes el sistema no les prepara posibilidad alguna de ser; y, en los países base, en alternativa de poder, la única, frente al poder del Imperio.

Pero está visto que el hombre, con lo que ha conseguido a través de su existencia en la tierra como humano, debe tener para hablar más palabras que el dinero. (Tal vez la experiencia rusa e italiana, y la misma norteamericana puedan enseñar cosas al respecto, pues ahora no vamos a resultar los tercermundistas los únicos que delinquimos en grande).

La novela de Herrera no llega hasta allá, pero hace llegar hasta allá.

Esta reseña desea terminar mediante una afirmación ya que la Universidad Central abre la opción para la sociedad colombiana de una Especialización en creación narrativa y prepara un pregrado en Creación literaria. La academia es una buena opción para alcanzar la formación en la escritura creativa de literatura. Descontado el talento y la pasión ayuda a escribir obras tan pulcras y necesarias como esta novela de Yuri Herrera, *Trabajos del reino*. Sí; concluyente. No sabemos si definitiva conforme lo afirma en la cintilla mencionada al comienzo algo más que la bondad de esa mujer maravillosa, Elena Poniatowska. **BU**